

El nacionalismo ruso de Putin ¿un legado soviético?

José María Faraldo¹

Recibido: 25-10-2022 // Aceptado: 28-03-2023

Resumen. El presente artículo parte de los discursos de justificación de la guerra de Ucrania y los sigue en retrospectiva para buscar el origen de buena parte del nuevo proyecto imperial de Vladimir Putin. Las preguntas principales a las que intento responder son: ¿cuánto hay de soviético en este nuevo nacionalismo? ¿El expansionismo imperial pretende volver a la URSS o reconstruir el imperio de los zares? ¿Qué hay de nuevo y original en esta construcción ideológica? En el contexto de la dictadura actual ¿podemos hablar de un nuevo totalitarismo?

Palabras clave: nacionalismo; totalitarismo; Rusia; guerra de Ucrania; Vladimir Putin; Unión Soviética.

[en] Putin's Russian Nationalism. A Soviet Legacy?

Abstract. The present article starts from the discourses justifying the Ukrainian war and follows them in retrospect to look for the origin of much of Vladimir Putin's new imperial project. The main questions I try to answer are: how much is Soviet in this new nationalism? Does imperial expansionism aim to return to the USSR or to rebuild the Empire of the Czars? What is new and original in this ideological construction? In the context of the current dictatorship, can we speak of a new totalitarianism?

Keywords: Nationalism; Totalitarianism; Russia; Ukrainian war; Vladimir Putin; Soviet Union; Soviet Union.

Sumario. 1. El nuevo totalitarismo. 2. El fin de la identidad soviética. 3. De imperio a nación. 4. La construcción de un nacionalismo de Estado. 5. La melancolía de la nación. 6. Putin y el neoimperialismo ruso. 7. Las memorias de la Guerra Patria. 8. Conclusiones. 9 Bibliografía.

Como citar: Faraldo, J. M. (2023). El nacionalismo ruso de Putin ¿un legado soviético?. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 84414. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.84414>

1. El nuevo totalitarismo

El día 17 de marzo de 2022, al comienzo de la guerra contra Ucrania, el presidente ruso Vladimir Putin habló en un discurso de la necesidad de limpiar Rusia de enemigos y de aquellos rusos que “tenían la mente en Occidente”. (Blanco, 2022). Citó expresamente “la quinta columna”, como si estuviera todavía en la época de Stalin. Como de inmediato observaron algunos politólogos e investigadores rusos, esta afirmación corroboraba el paso del régimen de Putin del autoritarismo al totalitarismo. Esto significaba la transición de un régimen con represión y control político, pero cierto margen de libertad general, a uno de imposición de un proyecto social en el marco de una ideocracia (Jesse 1996 y Kapperer, 1995), algo que supera el antiguo modelo —basado en su experiencia del franquismo— de Juan Linz (Linz, 2009). Mientras la vieja y desacreditada conceptualización de la Guerra Fría comenzaba a recuperar su vigencia de improviso, la sociedad europea lanzaba una nueva mirada hacia una sociedad que, de pronto, retrocedía en apariencia a los tiempos de la Unión Soviética, cuando estaba unida en la sacralidad del comunismo, sometida al control policial y a una represión desmedida. De nuevo, para los europeos, Rusia volvía a convertirse en un enemigo, y sus gentes en desconocidos habitantes de un país misterioso.

Todo había cambiado desde el 24 de febrero de 2022. Aunque los signos estaban claros, el giro había sido radical y sistemático, precipitando una transformación esencial del antiguo mundo globalizado, liberal y progresivo. Todo era nuevo ahora, la incertidumbre acechaba. Y sin embargo, buena parte de los análisis que comenzaron a llevarse a cabo acerca de la invasión rusa de Ucrania, continuaron —y continúan— encerrados en los márgenes de la Guerra Fría (Chomsky 2022). Se sigue pensando que la guerra de Ucrania responde a

¹ Universidad Complutense de Madrid (España).
E-mail: jmfalard@ucm.es
ORCID: 0000-0002-9517-8316

las pautas de acción de una Unión Soviética que se identifica con un imperialismo pasado. Nada más lejos de la realidad. La nueva Rusia no solo es el resultado de la política imperial de Putin y de un nacionalismo reactivo y revanchista, que también. Si las acciones brutales y casi desesperadas del ejército ruso en la guerra de Ucrania han sido recibidas por la sociedad con una actitud que varía del consentimiento a la indiferencia, es porque el camino había sido ya suficientemente preparado (Meduza, 2022). La construcción del mito de los noventa como la época del enorme desastre, la humillación y la postración “de rodillas” de Rusia y la elevación de los 2000 como la época de la resurrección, el rearme moral y la soberanía, con su cumbre en la ocupación de Crimea en 2014 se llevó a cabo consciente y minuciosamente, utilizando todo tipo de herramientas de ingeniería social (Faraldo, 2022). La experiencia bolchevique no era ajena a ello, pero tampoco hay que olvidar la transformación esencial de la tecnología y la economía modernas. Tras el final del sistema, los cuadros medios de la antigua Unión Soviética continuaron su tarea de mantenimiento de una imagen del mundo exterior como enemigo y antagonista (Young, 2020).

Algunas de las reclamaciones rusas son, probablemente, legítimas. La acción arrogante y agresiva de Estados Unidos en la época del “desorden global”, el surgimiento de China como potencia global y autónoma, la escasa consideración simbólica de la herencia rusa en la nueva escena global, la agresividad discursiva de algunas de las repúblicas postsoviéticas con respecto al antiguo centro, son puntos que podrían considerarse como el origen de preocupaciones reales (Mearsheimer, 2022). Europa podría haber hecho más por unir a Rusia a su proyecto. Pero el proyecto de Putin, a su vez, excluía los valores europeos y los otros conflictos no son exclusivos de Rusia. El liderazgo ruso podría haber reaccionado de forma distinta.

No es, por tanto, la situación geoestratégica global la que ha llevado al incremento de los controles sociales en Rusia. El autoritarismo inherente al sistema de Putin no ha dejado de incrementarse —con la vaga excepción de la época Medvedev—. La sucesiva escalada de intervenciones militares ha servido para dar el salto hacia un sistema que puede llamarse sin problemas totalitario: ahora hay una ideología, un modelo de sociedad y un modelo de comportamiento individual obligatorio, y los mecanismos policiacos, propagandísticos y sociales necesarios para implementarlos sobre la sociedad. Se cumplen así los aspectos sustanciales del modelo clásico de totalitarismo de Hannah Arendt (Arendt 1974).

2. El fin de la identidad soviética

La disgregación de la Unión Soviética planteó el problema de cómo iban a ser las relaciones entre los nuevos Estados independientes. La principal incógnita la constituía la Federación Rusa. ¿Hasta qué punto iba a ser Rusia capaz de asumir la segregación de territorios que, durante varios cientos de años, incluso más en algunos casos, habían constituido parte de su propio Estado? (Krasnov, 1991).

Lo insólito es que, durante el período inmediatamente posterior al hundimiento de la URSS, los conflictos posibles mantuvieron una sorda presencia sin que, en ningún caso, más allá de puntuales refriegas —intervención del Ejército ruso en Georgia o en Transnistria, por ejemplo— se manifestase una voluntad global de recuperación de dichos territorios (López Jiménez, 2002), lo cual no significa que no hubiera determinados momentos y determinados sectores políticos y militares rusos que esgrimiesen el argumento del retorno al imperialismo tradicional. El caso de Chechenia, por ejemplo, territorio que pretendió la separación no de la URSS sino de la propia Federación Rusa, se encuadra en un contexto distinto. Solo a partir de la breve guerra entre Georgia y Rusia en 2008 y, sobre todo, de la ocupación de Crimea y la intervención en Ucrania de 2014, se puede hablar de un neoimperialismo ruso de importancia en la esfera pública (Van Herpen, 2014).

La respuesta a esta disgregación relativamente incruenta de la patria soviética debiera hallarse por un lado en la depresión económica del sistema postsoviético, que hizo cobrar conciencia a los rusos, fuese o no verdad, del precio que la Federación Rusa había de pagar por mantener dentro de su área de influencia política a tan extensos territorios. Así, Gorbachov comenzó liberando a su economía del peso de la presencia militar en diversos lugares del mundo, luego llegó la retirada de Europa Oriental y, por fin, en manos de Yeltsin, la disgregación del Imperio (Mc Faul, 2006).

En segundo lugar, y como producto de la situación económica y del trauma de la descomposición del propio sistema soviético, se encontraba la incapacidad del Ejército para asumir el coste del rosario de guerras y enfrentamientos que supondría una radical imposición de la soberanía soviética —ahora nuevamente rusa— sobre los independentismos. Asimismo, perduraba la falta de una doctrina imperialista clara, una vez destruido el modelo “internacionalista” y “revolucionario” de dominación.

Y en último lugar y, paradójicamente, un freno al imperialismo postsoviético lo constituyó el propio renacimiento del nacionalismo ruso, que, aislacionista en un primer momento, consiguió evitar la tentación de dirigir la ideología nacional de los rusos hacia un “objeto nacional” más pequeño.

Para comprender lo que sucedió en la URSS, podemos usar el concepto de “metanacionalismo”. Se trata de un tipo de discurso nacionalista que intenta encuadrar dentro de él otros nacionalismos asumidos como existentes, pero considerados de un rango inferior, y por tanto subsumidos al nacionalismo general. Se trata de una construcción jerarquizada de una ideología auxiliar propia de imperios en vías de transformación en nación, y

que intenta no recurrir a una nacionalización absoluta de una población diversa. Se renuncia a nacionalizar por medio de un discurso encajado en la etnosimbología nacional del *pueblo* que ha construido territorial y geográficamente a lo largo de la historia el imperio. A cambio se crea un discurso que —aunque pueda y suela tener rasgos culturales enraizados en la historia de esta formación étnica predominante— pretende fusionar también aspectos históricos, mitos y símbolos de estas otras formaciones étnicas que se quiere subsumidas. En general, es un discurso poco estable, dado que suele difuminarse bien ante la nacionalización forzosa unidireccional o ante la fragmentación en diversos discursos nacionalistas contrarios y deslegitimadores.

A la altura del final de la URSS, todavía lo que llamo *metanacionalismo soviético*, y pese a los ataques desde las repúblicas, poseía una elevada potencialidad. (Faraldo, 1996). Por ejemplo, en el referéndum del 17 de marzo de 1991 que Gorbachov organizó para preguntar a los soviéticos acerca del mantenimiento de la Unión —aunque boicoteado parcialmente en seis de las quince repúblicas— se produjo una alta participación (el 80% del censo electoral) que mayoritariamente votó (un 76 %) a favor de la pervivencia de la URSS. Otro ejemplo de un sentimiento perdurable de ligazón a la patria soviética lo constituye el referéndum del 12 de junio de 1991, en Leningrado, cuyo contenido era la propuesta de que la ciudad recuperara el anterior nombre de San Petersburgo: solo un 54 % de votantes lo hizo a favor de recuperar el nombre prerrevolucionario/prebélico (*Jronologija rossiskoi istorii*, 1994).

Sin embargo, parece bastante cierto que la relativa potencia de la imagen soviética no servía para aglutinar a la población ante la profunda crisis en que se encontró el país durante la década de los ochenta. Al colapsar el sistema, los movimientos nacionales en el espacio de la URSS tuvieron que optar por elaborar una tradición propia que sirviese como rechazo efectivo del metanacionalismo soviético. La mayor parte de los nacionalistas de las diversas repúblicas se decidieron por esta última posibilidad. Y aunque esto incluía a buena parte de los nacionalismos rusos, una corriente de pensamiento muy amplia en la Rusia postsoviética desarrollaba una, por otra parte, completamente lógica, mixtura entre comunismo y nacionalismo ruso, amparada en la pretendida continuidad histórica del pueblo ruso.

Podemos ver, pues, que por un lado, los diversos movimientos nacionalistas de los distintos territorios soviéticos no rusos formalizaban una conciencia de diferenciación con respecto a lo soviético que era considerado como “ruso”. Y por otro, buena parte de los mismos rusos llegaba a considerar lo “soviético” como ajeno, e incluso como enemigo, de lo “ruso”.

El victimismo ruso se convirtió en algo muy extendido. No importaba que las causas del declive demográfico de los rusos durante finales de los setenta y primeros ochenta fuese, en buena parte, el mayor grado de modernización social de la Federación Rusa. O que la degradación de las condiciones de vida se correspondiera con la cada vez mayor incapacidad del sistema para mantener una cierta eficiencia económica. Los rusos albergaban la convicción de que las otras repúblicas eran unas “parásitas”, lo que es una de las principales razones que explican por qué el separatismo de las repúblicas supuso tan escasa reacción negativa por parte de Rusia, incluyendo al propio Ejército Soviético, que estaba controlado por rusos étnicos (Taibo, 1993).

En buena medida, el relativo fracaso del metanacionalismo soviético (federalista en la forma y siempre integrador en el fondo) también contribuye a explicar que la disgregación de la URSS tuviera lugar sin el recurso a grandes dosis de violencia. Al tiempo que iba creciendo la comprensión del fracaso del sistema soviético y el monopolio ideológico del marxismo oficial se volvía cada vez más superficial, los individuos parecían buscar un apoyo sobre el que construir su identidad. El sistema soviético pretendía ser un bloque monolítico, en el que el ejercicio del poder por una burocracia especializada se veía justificado a través de una completa visión del mundo, de la historia y del ser humano. No cabe dudar de la eficacia de los mecanismos productores de realidad en una sociedad organizada en torno a un principio rector claro y con un margen relativamente estrecho de disenso, que además contaba con unos medios de comunicación controlados y limitados por las necesidades del poder ejecutivo.

La URSS tenía como elemento vertebrador y legitimador a ese metanacionalismo soviético que, cuando el Estado comenzó a mostrarse débil y entró en crisis, se reveló incapaz de sostener la autodefinición individual. Se comenzó así a producir una nueva imagen nacional, que recuperaba una conexión con el pasado. La conexión real con la cultura rusa había atravesado todo el régimen, y era lo que posibilitaba que, sobre ella, se construyese el nuevo nacionalismo y los nuevos símbolos de identificación nacional.

Así, como dicha conexión no había desaparecido a lo largo del régimen, tampoco desapareció de pronto el fondo soviético. Los intentos de hacer compatibles ambos extremos, ruso y soviético, desde el “nacional-bolchevismo” de los años treinta y cuarenta, hasta la revista *Molodaya Gvardia* y, por fin, la alianza entre los estalinistas y los ultranacionalistas, dieron origen a una visión continuista de la historia rusa, visión alternativa a la del nacionalismo ruso liberal y espiritualista que negaba esa continuidad precisamente para construir la identidad propia y la imagen del futuro de Rusia (Brudny, 1998).

Esas visiones en realidad no tan diferentes comenzaron, pues, a generarse entre una minoría de la *intelligentsia*: una línea continuista desde una minoría envuelta en el sistema y adepta al partido; una línea rupturista, desde los márgenes de la sociedad a través de la literatura clandestina o las aportaciones de personajes como el presidiario Soljenitsin. El sentimiento de nacionalidad rusa, generado por unas ciertas élites intelectuales, se convirtió en un factor político indudable a lo largo del proceso que llevó a la desaparición del sistema

soviético. Así, una realidad política, el nuevo nacionalismo ruso, fue producida a partir de la creación cultural de un discurso de identidad. Y ello dentro del contexto de la cultura política de un sistema cuyas características contribuyeron a crearlo (a partir y a la vez en contra del metanacionalismo soviético). Era un sistema cuya debilidad y proceso de democratización permitió que el discurso se alzara y se convirtiera en hegemónico. Que este nacionalismo ruso impulsó el final de la URSS parece claro: fue Boris Yeltsin como presidente de la Federación Rusa el que en 1991 firmó el acta de defunción de la Unión Soviética en el bosque de Bialoweza. Pero que el nacionalismo ruso durante la perestroika no se convirtiera en un extremismo peligroso sucedió, precisamente, porque la Federación Rusa de Yeltsin se hizo con los signos y símbolos de ese nacionalismo y los enmarcó en el modelo democrático-liberal que le parecía necesario para salir de la agonía soviética.

3. De imperio a nación

Todavía tan tarde como 1998, siete años después de la caída de la URSS, había un 52 por ciento de ciudadanos de la Federación Rusa que se reclamaban ciudadanos soviéticos (Plokhly, 2016). Esta consideración, independientemente de las vacilaciones en la identificación con la Unión Soviética, mantendría durante décadas una valoración generalmente positiva del caído imperio, lo que no impediría, como hemos mostrado en las páginas anteriores, que esto se plasmara en un nacionalismo ruso derivado de la idea soviética.

De hecho, el grupo más fuerte de nacionalistas en los primeros años de la transición fue el ya llamado «partido ruso», que heredaba el neostalinismo fusionado con el nacionalismo gran-ruso propio de la nomenclatura comunista. Los nacionalistas tuvieron, en general, un cierto apoyo de las masas en la década de 1990, pero la receptividad a sus mensajes fue disminuyendo constantemente, lo que se reflejaba en los propios resultados electorales (Verkhovskiy, 2007). La sociedad rusa del momento estaba en apariencia inmunizada contra las ideas más extremas del fascismo, de modo que resultaba difícil que apoyaran a los minúsculos grupos de skin-heads o de neonazis que iban surgiendo. Por otro lado, en una época de absoluto caos económico y de lucha por la supervivencia en un nuevo sistema, las ideas nacionalistas no parecían importar mucho, más allá de puntuales emociones xenófobas. De hecho, una vez que los primeros conflictos étnicos en la periferia del imperio cedieron, los nacionalistas ni siquiera tenían la excusa de enfrentamientos o pogromos antirrusos.

La primera mitad de los noventa supuso una época de rápido crecimiento en la popularidad del concepto de «eurasianismo» (Laruelle, 2015). En realidad, este eurasianismo era demasiado abstracto, esotérico y abstruso como para convertirse en un fenómeno de masas, y se limitó a aportar una cierta conciencia de la ambigüedad de la construcción identitaria rusa entre Este y Oeste. La convicción de que Rusia no es ni Europa ni Asia, y de que, por tanto, precisa de una solución propia y de un *Sonderweg*, un camino propio, se ha extendido en la sociedad rusa de forma muy amplia. Sin embargo, los neoeurasiáticos organizados consideraban que su tercera vía estaba emparentada con el fascismo del período de entreguerras, lo que mermaba sus posibilidades de popularidad y los convertía en marginales. El intelectual ruso más prominente de este movimiento fue Alexander Dugin, combativo ideólogo, a veces muy cercano al Kremlin y creador del Movimiento Eurasiático Internacional. Su figura ha sido reclamada por buena parte de la ultraderecha y el nacional-populismo europeos, en especial en Alemania y Francia, con posterioridad a la crisis económica de 2008.

Hubo también un resurgimiento de los monárquicos nacionalistas anteriores a la revolución, del tipo de las Centurias Negras. Dado que su contenido prerrevolucionario estaba muy ligado a la Iglesia ortodoxa, esta no alzó su voz en contra en ningún momento y permitió que se utilizaran los símbolos religiosos para su acción política. Los grupos que se reclamaban directos herederos de las Centurias fracasaron en atraer a las masas. Eran organizaciones como las propias Centurias Negras, el Frente nacional-patriótico Pamiat (Memoria), la Unión Nacional Rusa (RONS) o la Unión Renacimiento cristiano. Algunas de ellas participaron en la creciente actividad violenta de tono xenófobo, homófobo y antisemita. A veces confundiendo con ellas, estaban las organizaciones neonazis, que habían tenido un cierto desarrollo al final de la época soviética. Pequeños grupos de militancia agresiva se forjaron en los primeros noventa por medio de marchas y actuaciones callejeras. Su base era sobre todo juvenil, lo que acababa acarreándoles una inestabilidad crónica. Como organización de importancia se puede citar la Unión Nacional Rusa (RNE), de claro mensaje racista y violento.

Quizá el nacionalismo más efectivo haya estado en los nacional-populistas. En 2003 surgió el llamado bloque Rodina (patria), una organización nacionalista con un cierto discurso «de izquierdas» a la que muchos acusaron de estar impulsada por el Kremlin para robarle votos a los comunistas. Sin embargo, su discurso contenía una fuerte xenofobia y un nacionalismo que solo tiempo después fue moderando. Tras una serie de avatares y rupturas, y convertido ya en partido, Rodina impulsó un nacional-populismo bastante eficaz electoralmente, en el que había tonos fascistas e izquierdistas a la vez. Otros dos partidos se significaron por su nacional-populismo en los años noventa y a principios de este siglo: uno fue el Partido Liberal Democrático Ruso (LDPR), de Vladimir Zhirinovski, que mantenía un discurso demagógico, imperialista y a veces de tonos violentos y escandalosos. El otro, el Partido Comunista, que unía a su demagogia social y a su nostalgia soviética, un nacionalismo a veces xenófobo. De hecho, toda la amplia esfera populista de la Rusia actual vacila entre la izquierda y la derecha y entre la nostalgia soviética o su rechazo. Su único cemento son la xenofobia

antiinmigrante —generalmente contra los musulmanes del Cáucaso o de Asia Central—, la homofobia y la lucha contra la corrupción de las élites, a las que —con evidentes tonos antisemitas— acusan de llevar a cabo políticas «antirrusas».

El ascenso al poder de Vladimir Putin en 1999/2000 trajo una verdadera revolución. Tras la dura época de los años noventa, por fin había un «presidente de la esperanza» sobre el que proyectar las necesidades de cambio de la sociedad (Service, 2018). También los nacionalistas rusos saludaron la llegada de Putin, a quien veían como un presidente fuerte, nacional, aunque su primera legislatura los decepcionara. Esto coincidió además con el fuerte aumento de los prejuicios xenófobos (la consigna «¡Rusia para los rusos!» superó el 50% de aceptación entre la población, aunque pronto bajó y no volvió a subir tan alto) y una ola de ataques a inmigrantes, que se ha repetido en algunas situaciones críticas.

Putin se convirtió en poco tiempo en la encarnación de un nuevo tipo de nacionalismo que, recuperando en parte signos y símbolos del pasado soviético (bandera, himno, festividades, pero no el comunismo), fue capaz de crear una síntesis con el pasado zarista y buscar una nueva formulación para el futuro ruso.

4. La construcción de un nacionalismo de Estado

Hasta 2014 y la crisis con Ucrania, la comunidad internacional asumía que la Federación de Rusia constituía una democracia imperfecta, con delincuencia y corrupción, pero que avanzaba hacia una economía liberal y democrática de mercado, como en el resto de Occidente. Rusia formaba parte del G7 (que pasó a denominarse G8), el grupo de países más ricos, desde 1998, y continuó siendo invitada a ese círculo hasta la crisis de Crimea. Con Vladimir Putin en el poder, el país participaba en todos los foros internacionales, y Europa y Estados Unidos lo trataban de igual a igual. De hecho, hasta sus discursos ante la conferencia de seguridad de Múnich de febrero de 2007 y ante el Consejo OTAN-Rusia en la cumbre de la OTAN de Bucarest de abril de 2008, Putin pareció estar de acuerdo y sentirse cómodo entre el resto de mandatarios occidentales. Pero en aquellos discursos, Putin mostró una irritación que, si bien argumentó con razones creíbles —habló del «doble rasero» occidental, de la incomodidad de Rusia con la expansión de la OTAN...—, sacaban a la luz complejos y emociones que iban más allá del mero descontento.

Durante los cuatro años anteriores, ayudado por los precios del petróleo, Putin había conseguido estabilizar Rusia. Poco a poco se había ido formando una cierta clase media que estaba orgullosa de su país, y que podía ir de vacaciones al extranjero y conocía Europa de primera mano. A este crecimiento económico no le vino aparejada una liberalización política, sino un recrudescimiento de las estructuras autoritarias del país. La oposición era unas veces perseguida, otras simplemente ignorada; las libertades ciudadanas se restringían o no según el momento y las necesidades del poder.

El régimen comenzó a perder las características democráticas que se había otorgado el país en los años noventa. Fue surgiendo una mezcla de democracia dirigida con tonos autoritarios y libertades formales, no siempre respetadas. La llamada «democracia iliberal» se veía como la solución a los problemas de una Rusia que no quería seguir el camino de Occidente, al considerarlo «espiritualmente vacío» (como había dicho Solzhenitsyn) y en contradicción con las «tradiciones rusas». Para construir la ideología que sustentaba este sistema, Putin se apoyó en la renacida Iglesia ortodoxa, a la que concedió privilegios económicos (devolviéndole infinidad de posesiones expropiadas por los bolcheviques). Entre 1991 y 2008, el porcentaje de rusos que se identificaban como cristianos ortodoxos (culturalmente) aumentó del 31% al 72%, mientras que el número de personas que decían ser creyentes en el mismo período pasó del 38 al 56 por ciento (Plokhly, 2016).

Pero el sostén de Putin en la Iglesia ortodoxa no ha servido para desarrollar una especie de democracia cristiana ortodoxa, sino que, despegándose de la tradicional filosofía humanista y cristiana de Tolstói y Dostoievski, Putin ha asumido el legado del exiliado ruso Ivan Ilyin, a quien el presidente ha citado en numerosas ocasiones. Ilyin, un filósofo nacionalista expulsado por los bolcheviques en los años veinte y que murió en el exilio en Suiza, fue vehemente creyente en la idea eurasiática. Para él Rusia no era ni Europa ni Asia, sino que tenía una civilización propia y única, producto de la fusión de la cultura bizantina y de la idea mongola del Estado. Ilyin creía también que la tercera vía entre el capitalismo liberal occidental y el comunismo soviético la ofrecía la Iglesia ortodoxa, que era la guardiana de los valores rusos y la fuerza de la renovación espiritual. Aunque cercano por un tiempo al fascismo, el pensamiento de Ilyin era eminentemente defensivo, alejado de sueños de expansión imperial. No parece tampoco que Putin albergue esos sueños tampoco, más allá de restaurar a Rusia como potencia mundial y de recuperar territorios que, como Crimea, están integrados en la concepción histórica de Rusia. El prominente politólogo Taras Kuzio ha condensado las líneas generales de la ideología de Putin —y del nacionalismo de Estado ruso actual— llamando la atención sobre «el complejo de Weimar», es decir, la victimización de Rusia como un país cercado por potencias hostiles y amenazas islámicas (un país, recordemos, con un seis por ciento de musulmanes), a punto de desintegrarse si no se le pone remedio con la fuerza (Kuzio, 2016). Otro pilar de esta visión es la presunta rusofobia de Occidente, en especial de las instituciones internacionales, y de países como Ucrania y los Estados bálticos. Estos peligros se han de conjurar a través de la afirmación de la cultura rusa —que llega al supremacismo en muchas ocasiones— y al

impulso de la idea euroasiática. Esto lleva a hacer permanente campaña por la unidad rusa mediante la reunión de compatriotas y tierras rusas (Crimea, Bielorrusia, Ucrania...) y a perseguir la defensa del *Russkii mir* (mundo ruso), la presunta comunidad de rusos de la diáspora, en principio en las antiguas repúblicas de la URSS, pero a la larga en todo el mundo. Se trata de un programa de paneslavismo con instituciones propias, como la Unión Euroasiática creada por el presidente para rivalizar con la Unión Europea (Tsonchev, 2017).

También hace Putin un uso instrumental de la religión a través de una férrea alianza entre el Estado ruso y la Iglesia ortodoxa rusa que va más allá de la propia Federación Rusa y que ve con desaliento la creación de iglesias autocéfalas como la de Ucrania, rivales del patriarcado moscovita. Hay además un constante ataque a las visiones historiográficas que han surgido en países anteriormente sometidos a la URSS, cuestionando el dogma de la liberación de Europa Oriental por el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial o describiendo los crímenes soviéticos en estos países. Esto lleva consigo el culto a la Gran Guerra Patria y la consideración de Stalin como un gran líder en tiempos de guerra, al que no hay que achacar los crímenes promovidos por él (aunque a veces Putin haga uso de la memoria del terror estalinista para sus fines de resaltar el sufrimiento del pueblo ruso).

Esta ideología en política exterior está trufada de un antiamericanismo propio de la Guerra Fría (algo más calmado durante la presidencia de Donald Trump) y de un antieuropeísmo que liga todos los males de la modernidad con la Unión Europea y sus libertades. En especial, la homofobia se ha convertido en ideología de Estado, como contraposición a los avances europeos en estas libertades. Su antieuropeísmo tiene también un cariz pragmático mediante el apoyo a partidos populistas, nacionalistas y extremistas de derecha e izquierda europeos como estrategia para minar y dividir el continente.

También ha surgido otro peligro: el nacionalismo étnico. En un discurso pronunciado el 18 de marzo de 2014 celebrando la anexión de Crimea, y del que luego volveremos a hablar, Putin se refirió al pueblo ruso como una entidad étnica, algo que no había sido habitual. Su posición era que, con la disolución de la Unión Soviética, «el pueblo ruso se ha convertido en una de las naciones divididas más grandes del mundo, si no la más grande». Era una alusión muy clara no al pueblo plurinacional y multiétnico que compone la Federación de Rusia, sino a los rusos étnicos que pueblan las antiguas repúblicas soviéticas e, incluso, que han emigrado a lo largo y ancho del mundo.

En la época de Yeltsin se había introducido oficialmente el término *rossiiskiinarod* (pueblo ruso) que se refiere a todos los habitantes de la federación y que era un término político, no étnico. Era habitual para Putin el utilizar cuidadosamente esa expresión, que abarcaba bajo su égida a las numerosas nacionalidades y etnias de la Rusia actual. El uso de *russkii*, palabra que designa en estrecho sentido a los rusos étnicos (pero que etimológicamente tiene su origen en la Rus de Kiev, en el territorio hoy ucraniano), otorga una inquietante pátina etnicista al nuevo nacionalismo ruso (Duncan, 2000), algo que se consolidó durante la pandemia de COVID-19, que fue utilizada por Putin para impulsar su control sobre la sociedad y desarrollar un discurso de cierta xenofobia y victimismo (Gelman, 2023).

5. La melancolía de la nación

El 24 de junio del 2020, cuando la pandemia de COVID-19 aún estaba en su apogeo en Rusia, Vladimir Putin presidió la celebración del 75° aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial. El espectáculo, que se llevó a cabo con unas medidas de seguridad frente a la pandemia bastante escasas, conmemoraba el desfile final de 1945 delante de Stalin. Tendría que haberse celebrado en realidad el 9 de mayo, como fecha del final de la guerra, y habrían asistido a él buena parte de los prominentes gobernantes europeos que, desde la anexión de Crimea, habían evitado cuidadosamente la relación con el paria ruso. La enfermedad, con su secuela de cierres de fronteras, se interpuso. Pese a ello, fue un día excelso, con un tiempo de verano moscovita. Miles de soldados y cientos de tanques, helicópteros y aviones desfilaron y cruzaron los cielos por encima de la Plaza Roja. Aunque deslucido por las ausencias y por la enfermedad, lo cierto es que Putin consiguió enredar otra vez a la población rusa en un ritual de homenaje a un pasado imperial que, a la vez, se asumía por muchos como una conexión familiar con los caídos y combatientes. Las voces discrepantes, sin embargo, parecían alzarse con más fuerza que otras veces.

Unos días antes, el 18 de junio, Putin había hecho publicar en *The National Interest*, una revista norteamericana de índole conservadora, un artículo escrito por él mismo en el que se refería al papel soviético en la Segunda Guerra Mundial, intentando enmendar los «errores» de la apreciación occidental sobre la guerra (Putin, 2020). El artículo fue difundido luego en todo el mundo por las embajadas soviéticas. En Alemania —el principal objetivo de la campaña—, el propio embajador ruso escribió directamente a diversos historiadores alemanes, llamándoles la atención acerca de la publicación. En esencia, el artículo enlazaba con las tesis revisionistas de los nacionalistas rusos que ponían el foco sobre la traición de las democracias occidentales durante el periodo de entreguerras, y hacían de Polonia poco menos que el culpable de la guerra —situando al país eslavo a la par que a la Alemania de Hitler—. La parte más importante del texto se dedicaba a lavar la imagen del pacto Molotov-Ribbentrop y la invasión soviética de Polonia y los Países Bálticos en 1939 y 1940, respectivamente. Los argumentos eran —curiosamente— idénticos a los usados por el estali-

nismo en su momento: Polonia fue culpable de la disgregación, la Unión Soviética invadió Polonia cuando el Estado polaco ya no existía y solo para defender a la población allí existente; los Bálticos se adhirieron voluntariamente, tras un referéndum... En definitiva: Putin negaba de plano afirmaciones tuyas de no hacía tanto tiempo. Todavía en 2009, en un texto escrito para el periódico polaco *Gazeta Wyborcza*, Putin había llamado «inmoral» al pacto. Pero esa época había pasado ya.

También en esas fechas —entre el 25 de junio y el 1 de julio— Rusia celebró un referéndum consultivo acerca de la reforma de la constitución propuesta por Putin y que estaba en principio prevista para el 22 de abril, el 150º aniversario del nacimiento de Lenin. En esencia, la reforma le permitía al presidente volver a presentarse a las elecciones y seguir gobernando. Pero incluía también toda una serie de cambios que incidían en esa nostalgia de un pasado que nunca fue. La reforma incluyó al matrimonio entre hombre y mujer en la constitución —cerrando la puerta a las uniones igualitarias e institucionalizando la homofobia—, y se integraron nociones acerca de la defensa de la patria y de la verdad histórica como valores fundamentales de la nación rusa. Todo ello estaba muy relacionado con la constante vuelta a la heroicidad de la Gran Guerra Patria, que se convirtió en objeto de emulación y de deber de memoria para los descendientes. Más inquietante resultaba la proclamación del ruso como lengua del Estado, lo que, sin ser nada excepcional, implicaba un refuerzo del rusocentrismo en un país multinacional. Y si algo había intentado Putin a lo largo de su prolongado mandato había sido el evitar la marginación a la población no étnicamente rusa. Esto parecía ahora que había perdido importancia para su concepción de Rusia.

La Rusia que se debatía bajo los efectos de la pandemia, con unas cifras de contagios y de fallecidos muy altos, con una crisis económica rampante, en la que se unían además los efectos de la caída del precio del petróleo, era una Rusia que miraba hacia el pasado y no hacia el futuro. Un pasado soviético, rescatado no ya solo por la nostalgia de los que fueron jóvenes en la época dorada del comunismo, sino que, a través de las referencias a la Guerra y al crecimiento de la furia xenófoba, se convertía de pronto en un objetivo.

Al mismo tiempo, Putin planteaba cuestiones a las otras potencias —los Estados Unidos, China y Europa— que resultaban muy relevantes. La incapacidad de la Europa unida de atraerse al gigantesco país euroasiático era un buen ejemplo de los traumas o los agravios sentidos por el presidente ruso y muchos de sus ciudadanos. Como también lo eran la enemistad manifiesta de Estados Unidos o el desprecio de China, que, sin embargo, utilizaba a Putin para enfrentar a los norteamericanos. La solución esbozada por Putin, la de encerrar a Rusia —como durante la pandemia— y la de crear una verdad oficial para enfrentar a unas partes de Europa contra otras —Polonia y Alemania— no parece que puedan llevar al país a puerto ninguno. Por otro lado, mientras persista el conflicto ucraniano y la activa participación rusa en él, no parece que Europa pueda permitirse abrir puertas a Rusia. Y el resultado de todo esto está claro. La melancolía soviética del putinismo tardío no es solución a largo plazo (Shevtsova, 2015). Aunque el presidente se ha asegurado la posibilidad de controlar el país durante más tiempo, el hecho biológico cambiará tarde o temprano ese factor. Y no parece que haya una institución en Rusia análoga al Partido Comunista Chino para asegurar la continuidad.

Las instituciones de propaganda han sido esenciales para configurar la reacción social a la marcha del sistema de Putin, en especial en los momentos clave —crisis como la del COVID o las intervenciones bélicas—. Pero no solo. El control progresivo del espacio público ha ido marginando a los medios independientes, eliminando poco a poco su independencia o utilizando leyes para convertirlos en apesados dentro de la sociedad rusa y, por tanto, haciendo disminuir su influencia. Si a los medios independientes se les tacha constantemente de agentes extranjeros o de locos sin remedio, su potencia para informar quedará totalmente degradada y su credibilidad minimizada. Pero incluso cuando los ciudadanos puedan llegar a creer la información alternativa a la oficial —porque pocos se fían realmente de lo que digan los telediarios oficiales, por ejemplo—, lo cierto es que nadie ve en ellos una amenaza al monopolio estatal. Simplemente, son voces clamando en el desierto.

Los medios controlados por el Estado o por las mafias oligárquicas relacionadas con él han aprovechado todos los medios posibles para adueñarse del discurso público. La propia cultura popular ha sido poco a poco mediatizada y arrastrada a un papel de soporte del sistema: películas fantásticas de gran presupuesto idealizan la armonía entre el Estado y el pueblo, muestran la rusofobia como moneda corriente entre los extranjeros y despliegan catástrofes mundiales de las que las autoridades rusas son capaces de salvar a los ciudadanos. El cine bélico —sobre la Gran Guerra Patria— contiene mayor nivel de propaganda y menos crítica social que en la época de la URSS, y los mecanismos básicos de la memoria histórica oficial se reproducen una y otra vez. El cine histórico patrocinado oficialmente se atreve incluso a reescribir elementos muy asentados del consenso histórico ruso: es el caso por ejemplo de los decembristas, los revolucionarios liberales rusos del siglo XIX que han sido por lo general considerados introductores de la democracia en Rusia y que acabaron trágicamente, pero que ahora, el putinismo considera poco más que como traidores a la patria o locos equivocados por minar el poder establecido e intentar “europeizar” —en sentido negativo— la Rusia eterna (Vázquez Liñan, 2022).

Las estanterías de las librerías rusas y los rincones de internet están llenas de publicaciones populares y muy vendidas —o con millones de visitas— en las que se despliegan arsenales de narrativas paranoicas sobre el acoso histórico a lo ruso, sobre las virtudes de los rusos, sobre la diferencia esencial con Occidente. Utopías de ciencia ficción —a veces presentadas como novelas, a veces como ensayos— hablan de la necesidad de Rusia de tomar el liderazgo mundial y elevar espiritualmente a la humanidad o, más prosaicamente, de utilizar el arsenal nuclear

ruso para destruir toda posibilidad de ataque a Rusia antes de que suceda. La necesidad de una hegemonía rusa, en cualquier caso, es un proyecto de futuro ampliamente compartido.

6. Putin y el neoimperialismo ruso

Un antiguo proverbio ruso dice “pega a los tuyos y los demás te temerán”. La cultura política rusa ha heredado de la URSS una xenofobia victimista que impulsa la imagen de un pueblo ruso asediado por todos lados y sometido a constantes humillaciones. La lista de agravios reales o ficticios es larga. El sentimiento de humillación surgido en los noventa ha llegado a ser compartido por una parte importante de los rusos, incluso por aquellos que se han beneficiado de la transición. Esto ha llevado al nacimiento de un ansia de revancha hacia Europa y Estados Unidos que ha acabado canalizado como agresión. Pero para explicar la forma en que esa agresión se ha desplegado, tenemos que entender cómo se ha creado una idea neoimperial que, no lo olvidemos, no es una mera sucesión del impulso hegemónico de la Unión Soviética.

Aunque una larga lista de propagandistas del Kremlin (Trenin, 2010) y de compañeros de viaje occidentales (Sakwa, 2015) han repetido una y otra vez que Rusia no quería emprender un camino imperial, sino solo defender sus intereses, lo cierto es que los discursos de los últimos años muestran una consistente tendencia hacia la construcción de una justificación imperialista para las estrategias geopolíticas recientes.

Pero Vladimir Putin no es un neocomunista que intente revivir la doctrina Brezhnev de la soberanía limitada. Tampoco es un nacionalista sin más. Durante décadas, Putin ha evitado referirse en público a los rusos como etnia. Su discurso fue siempre el de una Rusia multicultural, aunque liderada por los rusos. En eso intentaba conciliar la vieja idea soviética del pueblo ruso como vanguardia de una URSS plural con las percepciones del país que surgieron en la época de la democracia radical de los años noventa. Basta ver el mapa del tiempo en cualquier cadena de televisión rusa para darse cuenta de la enormidad y la complejidad del país. Rusia tiene ahora algo menos del ochenta por ciento de rusos étnicos, y el resto incluye un número bastante elevado de musulmanes, con especial presencia en algunas zonas como el Tartaristán y el Cáucaso. Una ideología nacional que olvidara esta realidad no tenía muchas posibilidades de ser aceptada en el país.

Pero esto ha ido desapareciendo poco a poco de la ideología de Putin. Según crecía la distancia hacia un Occidente considerado cada vez más decadente, Vladimir Putin iba incorporando a su visión del mundo un nacionalismo integral, con algún recurso étnico, al que ha ido añadiendo diversas coberturas ideológicas. Algunas son contradictorias, como un “antifascismo” que aplica la etiqueta de “fascista” a todo lo que se le enfrenta mientras expresa un patriotismo reaccionario y un culto a la violencia y el militarismo que puede muy bien calificarse como fascista. Otras se encuadran en un rearme ideológico reaccionario, más que conservador, propio de los movimientos populistas antiglobalización. Algunas características de esta ideología, como la persecución de los homosexuales, el ensalzamiento de la familia tradicional o la promoción de un patriotismo exacerbado y con rasgos xenófobos, han formado parte de una visión de recuperación imperial de Rusia. Más allá de una simple tendencia a la extensión territorial y de las habituales exigencias de seguridad exterior, el nuevo imperialismo ruso tiene una pátina ideológica muy clara.

Un factor esencial del nuevo imperialismo ruso ha sido el retorno de la Iglesia ortodoxa del que ya hemos hablado. Bajo la égida del patriarca Cirilo I desde 2009, la Iglesia ortodoxa ha recuperado toda la influencia social perdida durante el régimen comunista (Stoeckel, 2017). Los vínculos con la policía secreta en la época de la URSS parecen haberse mantenido. Putin ha restituido a la Iglesia ortodoxa propiedades en grandes cantidades, y le ha concedido privilegios como el de la educación (vetado a la Iglesia católica). Cirilo I le ha devuelto el favor usando su autoridad para apoyarle, tanto en la anexión de Crimea como con la invasión de Ucrania. En parte, las tesis más oscurantistas de la Iglesia ortodoxa han alimentado la extensión del sentimiento de revancha. La escisión de la Iglesia ortodoxa en Ucrania, hecha efectiva en 2018, ha afectado al patriarca moscovita, que reclama con violencia la supresión del cisma.

El imperialismo que se ha ido construyendo en los últimos veinte años sueña con reconstruir la extensión original del imperio ruso —no solo de la URSS— y con hacer valer a Rusia como una potencia a la altura de los Estados Unidos. Al principio de su mandato, como hemos dicho, Putin ponía como modelo al Chile de Pinochet; un sistema que hiciera compatible el mercado más neoliberal con un control social autoritario y con uso selectivo de la violencia. Pero el régimen de Putin, lastrado por la corrupción, el monopolio rentista de los hidrocarburos y el centralismo autoritario y mafioso, ha sido incapaz de conseguir una recuperación como potencia a través del crecimiento económico. Solo le ha quedado la posibilidad de, mediante la agresión militar, hacer que le teman los demás. Para ello ha usado una serie de prejuicios contra Ucrania que ya estaban allí, pero que han sido impulsados, reforzados y renovados por la propaganda a su mano.

7. Las memorias de la Guerra Patria

El trauma del colapso económico y social en 1991 y el desastre financiero de finales de los años noventa, justo cuando parecía que lo peor había pasado, llevó a la población rusa a hacer un balance positivo de su pasado comunista. Era una opinión que no tenía nada que ver con una nostalgia de naturaleza política, sino con una añoranza de estabilidad económica, de seguridad personal y, al mismo tiempo, de un legítimo sentimiento de orgullo nacional. Este orgullo se conectaba a un país socialista que había surgido, no de la Revolución de Octubre, que había perdido casi todo su atractivo, sino de la victoria en la Gran Guerra Patria contra el invasor nazi.

Este sentimiento fue explotado y fomentado por el cambio en la política rusa desde el ascenso de Vladimir Putin a la presidencia. Se trató de una verdadera revolución en la construcción de una memoria histórica que significaba, por un lado, un retorno a la época de Brézhnev, pero también asumía y se asociaba a fragmentos de la historia de Rusia que habían sido velados y convertidos en tabús por el régimen soviético, como los zares y el cristianismo ortodoxo. En esta construcción de un discurso de la identidad colectiva arraigada en la memoria de un pasado glorioso, se otorgó un papel sustancial a la memoria de la Segunda Guerra Mundial (Seixas 2022). Eso llevó a algunos a rehabilitar al propio Stalin. Ya en 2007, una encuesta realizada por el Centro Levada en Moscú reveló que hasta un 28 por ciento de los rusos estaba de acuerdo con la afirmación «No importan los errores y los crímenes que se atribuyen a Stalin, lo que importa es que durante su liderazgo el pueblo emergió victorioso de la Segunda Guerra Mundial» (Bidder, 2015). Diez años después, en una de sus varias entrevistas con el cineasta norteamericano Oliver Stone, Vladimir Putin hablaba de Stalin como de “figura compleja” y rechazaba su “demonización”. Tras la invasión de Crimea en 2014, hubo voces en Rusia que afirmaron que la ciudad rusa de Volgogrado debería cambiar su nombre otra vez a la gloriosa Stalingrado. En 2019, la encuesta del centro Levada arrojó datos escalofriantes: hasta un 51 % de ciudadanos rusos valoraban positivamente a Stalin, el dato más alto desde que el centro empezó a preguntar por ello en 2001 (Levada, 2019).

Bajo el presidente Putin se rehizo la mitología de la Segunda Guerra Mundial y se recuperó el himno nacional estalinista (con un texto diferente). Los aniversarios del final de la guerra se celebraban con solemnes desfiles militares y recreaciones con espectáculos de artillería pesada. Se utilizó también el recuerdo del conflicto como un arma contra otras naciones: a Alemania se le acusaba de tratar de borrar el pasado, a los países bálticos y a Polonia se los calificaba de ingratos por no reconocer que Rusia —identificada con la URSS— les había liberado del fascismo. La identidad política antifascista específica formada en tiempos de Brézhnev siguió siendo esencialmente la base de la memoria histórica rusa (Rossoliński-Liebe y Willems 2022).

8. Conclusiones

Según Taras Kuzio, la ideología del nacionalismo de Estado ruso actual se basa en la victimización de Rusia como un país cercado por potencias hostiles a punto de desintegrarse si no se le pone remedio con la fuerza (Kuzio, 2016). A ello se le añade la presunta rusofobia de Occidente y de otros países aliados suyos. Estos peligros se han de conjurar a través de la afirmación de la cultura rusa y del impulso de la idea euroasiática (Laruelle, 2015).

Pero la ideología que se encuentra detrás de la agresión rusa a Ucrania es una construcción ecléctica, que suma también fragmentos del legado de la memoria de la Segunda Guerra Mundial con la expresión de sentimientos y complejos nacionales muy antiguos. Se puede concluir que Rusia no ha conseguido realizar el paso de imperio a nación y vuelve a exhibir impulsos imperiales. La conversión del país en un territorio con una imagen nacional aceptada y consensuada, sin cuestionamientos graves, pero a la vez con la capacidad de resultar inclusiva de sus diversidades étnicas principales y autocontenida dentro de unas fronteras aceptadas y con proyección futura, ha fracasado. El régimen autoritario de Vladimir Putin ha sido incapaz de gestionar el país adaptándose al sistema internacional y ha acabado por intentar dinamitarlo (Snyder, 2018). La violencia alrededor de sus fronteras surge de un victimismo y una frustración que tienen sus raíces en el final de la Unión Soviética y en la incapacidad de ciertas élites de asumir la pérdida de rango como potencia mundial.

Todos estos discursos tienen orígenes muy antiguos, también soviéticos. Pero en ningún caso se puede considerar que se trate de un retorno al sistema socialista y ni siquiera a la Unión Soviética considerada como una noción identitaria general. Es cierto que el legado —lógicamente— es inevitable. Hay toda una serie de estructuras, discursos y actores que perviven y continúan modelos y tendencias del anterior sistema. Este nuevo totalitarismo de Putin hereda algunos rasgos —los más autoritarios— del sistema anterior, pero está informado por toda una serie de ideologías muy distintas que son, en esencia, enormemente conservadoras, reaccionarias incluso en lo tocante a las relaciones internacionales. Rusia ya no es, no puede ser, un imperio. Pero tampoco es una nación (Miller, 2023). En ese dilema es donde ha surgido, de forma casi

imprevista en su violencia, pero construida poco a poco desde los años noventa, un imperialismo cansado y nostálgico, pero a la vez muy agresivo, vindicativo y revanchista. Es posible que, si la guerra en Ucrania no hunde a Rusia, los próximos años consoliden esa tendencia en el país, incluso abriendo la puerta a la competición imperial con otros Estados.

9. Bibliografía

- Arendt, H. (1974): *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus.
- Bidder, B. (2015): *Generation Putin. Das neue Russland verstehen*, Munich, Deutsche Verlags-Anstalt.
- Blanco, P. R. (2022): “Así construye Putin el discurso victimista de una Rusia rodeada por nazis y rusóforos”, *El País*, 28 de marzo. Disponible en: <https://elpais.com/internacional/2022-03-28/asi-construye-putin-el-discurso-victimista-de-una-rusia-rodeada-por-nazis-y-rusofobos.html>. [Consulta: 30 de septiembre 2023].
- Burtin, S. (2022), “Vojti vo mrak i nashhupat’ v nem ljudej Pochemu rossijane podderzhivajut vojnu?”, *Meduza*, 24 de abril. Disponible en: <https://meduza.io/feature/2022/04/24/voyti-vo-mrak-i-naschupat-v-nem-lyudej?fbclid=IwAR0HwdfLNGtaMGlw1eyPH4mL5ze9-uELEqt9jHrWnjzImyEh7lqOm7Xb-FY>. [Consulta: 28 de septiembre 2023].
- Chomsky, N. (2022): *Por qué Ucrania*, Madrid, Altamarea
- Duncan, P. J. (2000): *Russian Messianism: Third Rome, Revolution, Communism and after*, London/NY: Routledge.
- Faraldo, J. M. (2022): *Sociedad Z. La Rusia de Vladimir Putin*, Madrid, Báltica.
- Faraldo, J. M. (2020): *El nuevo nacionalismo ruso*, Madrid, Báltica.
- Faraldo, J. M. (1996): “El fracaso del nacionalismo soviético (1989-1991)”, en, *La historia de las relaciones internacionales: una visión desde España*, Madrid, Asociación de Historia de las Relaciones Internacionales, pp. 606-615.
- Gel'man V. (2021): *Avtoritarnaja Rossija. Begstvo ot svobody, ili Pochemu u nas ne prizhivaetsja demokratija*, Moscú, Hovard Rork.
- Gel'man, V. (2023): “Bad Governance in Times of Exogenous Shocks: The Case of the COVID-19 Pandemic in Russia”, en M. Zavadskaya, ed., *The Politics of the Pandemic: Blame Game and Governance in Russia and Central-Eastern Europe* (Studies in Contemporary Russia), London, Routledge, pp. 80-94.
- Gessen, M. (2018): *El futuro es historia: Rusia y el regreso del totalitarismo*, Madrid, Turner.
- Jesse, E., ed., (1996): *Totalitarismus in 20 J.h. Eine Bilanz der Internationaler Forschung*, Bonn, Bundeszentrum für politische Bildung.
- Ironologia rossijskoi istorii. Entsiklopedicheski slavar* (1994): Moscú, Mieshdunarodnoe Otnosheniia.
- Kapperer, N. (1995): *Der Totalitarismusbegriff auf dem Prüfstand. Ideengeschichtliche, Komparativistische und Politische Aspekte eines umstrittenen Terminus*, Dresden, Hannah-Arendt-Institut Für Totalitarismusforschung.
- Krasnov, V. (1991): *Russia beyond communism: a chronicle of national rebirth*, Boulder, Westview Press.
- Kuzio, T. (2016): “Nationalism and authoritarianism in Russia: Introduction to the special issue”, *Communist and Post-Communist Studies* 49, pp. 1-11.
- Laruelle, M. (2018): *Russian Nationalism: Imaginaries, Doctrines, and Political Battlefields*, London, Routledge.
- Laruelle, M., ed., (2015): *Between Europe and Asia: The Origins, Theories, and Legacies of Russian Eurasianism*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Levada (2019): “Stalin’s Perception”, Yuri Levada Analytical Center, 19 de abril. Disponible en: <https://www.levada.ru/en/2019/04/19/dynamic-of-stalin-s-perception/> [Consulta: 28 de septiembre 2023]
- Linz, J. J. (2009): *Sistemas totalitarios y regímenes autoritarios*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- López Jiménez, J. A. (2002): “Transnistria: evolución de un modelo de secesionismo en el seno de la República de Moldova (1995-2000)”, en C. Flores Juberías, ed., *Estudios sobre la Europa Oriental. Actas del II Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental*, pp. 307-329.
- Lovell, S. (2006): *Destination in Doubt: Russia since 1989*, London, Zed books.
- Mc Faul, M. (2006): “The Russian Federation”, en R. G. Suny, ed., *The Cambridge History of Russia. Volume III. The Twentieth Century*, Chicago, University of Michigan and University of Chicago, pp. 352-280.
- Mearsheimer, J. (2022): “John Mearsheimer on why the West is principally responsible for the Ukrainian crisis”, *The Economist*, 19 de mayo. Disponible en: <https://www.economist.com/by-invitation/2022/03/11/john-mearsheimer-on-why-the-west-is-principally-responsible-for-the-ukrainian-crisis>. [Consulta: 28 septiembre 2023]
- Miller, A. (2023): *Comprendre la notion de nation en Russie. Histoire et enjeux contemporains*, Paris, L’Harmattan.
- Núñez Seixas, X. M. (2022): *Volver a Stalingrado. El Frente del Este en la memoria europea, 1945-2021*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Plokhy, S. (2016): *Lost Kingdom. A History of Russian Nationalism from Ivan the Great to Vladimir Putin*, London, Penguin.
- Pomerantsev, P. (2017): *La nueva Rusia. Nada es verdad y todo es posible en la era de Putin*, Barcelona, RBA.
- Putin, V. (2020): “The Real Lessons of the 75th Anniversary of World War II”, *The National Interest*, 18 de junio. Disponible en: <https://nationalinterest.org/feature/vladimir-putin-real-lesso^{ns}-75th-anniversary-world-war-ii-162982> [Consulta: 28 septiembre 2023]
- Rossoliński-Liebe, G. y B. Willems (2022): “Putin’s Abuse of History: Ukrainian ‘Nazi’, ‘Genocide’ and a Fake Threat Scenario”, *Lisa*, 31 marzo. Disponible en: https://lisa.gerda-henkel-stiftung.de/putins_abuse_of_history [Consulta: 28 septiembre 2023].
- Sakwa, R. (2015): *Frontline Ukraine: Crisis in the Borderlands*, London, I B Tauris.
- Service, R. (2019): *Kremlin Winter: Russia and the Second Coming of Vladimir Putin*, London, Picador.
- Shevtsova, L. (2015): “The authoritarian resurgence: forward to the past in Russia”, *Journal of Democracy* 26(2), pp. 22–36.
- Snyder, T. (2018): *El camino hacia la no libertad*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

- Stoeckl, K. (2017): "The Russian Orthodox Church's Conservative Crusade", *Current History*, 116 (792), Russia and Eurasia, pp. 271-276.
- Taibo, C. (1993): *Las fuerzas armadas en la crisis del sistema soviético*, Madrid, Cyan proyectos y producciones editoriales.
- Tsonchev, T. S. (2017): "The Kremlin's new ideology", *The Montreal Review*, enero. Disponible en: <https://www.themontrealreview.com/2009/The-Ideology-of-Vladimir-Putin-Regime.php> [Consulta: 28 septiembre 2023].
- Trenin, D. (2011): *Post-Imperium: A Eurasian Story*, Washington DC, Carnegie Endowment.
- Van Herpen, M. (2014): *Putin's Wars. The rise of Russia's new imperialism*, Plymouth, Rowman and Littlefield.
- Vázquez Liñán, M. (2022): "Memory and counter-revolutionary propaganda in Russia. A reinterpretation of the Decembrist movement in the film *The Union of Salvation*", *IC Revista Científica de Información y Comunicación*, 19, pp. 457-477.
- Verkhovskiy, A., ed., (2007): *Verkhii i nizy russkogo natsionalizma*, Moscú, SOVA.
- Yitzhak M. B. (1998): *Reinventing Russia: Russian Nationalism and the Soviet State, 1953–1991*, Cambridge, Harvard University Press.
- Young, G. (2020): "The Soviet collapse as a social revolution", en J. M. Faraldo, ed., *Collapsed empires: the consequences of 1917-26 Mediterranean and the world*, Zurich, Lit Verlag, pp. 13-46.

